

VIVIEN BURR

PSICOLOGÍA DISCURSIVA

En *The Person in Social Psychology*, Psychology Press, United Kingdom, 2002, cap. 5.

Traducción: Susana Seidmann

La teoría de las representaciones sociales enfoca las interacciones interpersonales y las ideas e imágenes socialmente compartidas a través de las cuales la gente percibe su mundo. La teoría tiene un fuerte componente cognitivo, en el hecho de considerar estas representaciones como creadas y reformuladas a través de los procesos de pensamiento, memoria e imaginación. La psicología discursiva comparte el foco sobre el uso de un acervo compartido de las formas de hablar y de la importancia de la interacción, pero se ubica en una perspectiva radicalmente anti-cognitiva.

La psicología discursiva es un desarrollo, en la psicología social, relativamente reciente y prioritariamente británico. Su foco de interés se remonta, paradójicamente, a un área eminentemente cognitiva y tradicional de la psicología oficial – la psicolingüística -. En la década de 1960, la obra de Noam Chomsky dominó la psicología del lenguaje. La perspectiva de Chomsky fue revolucionaria en su tiempo, ofreció un punto de partida radicalizado en relación a los planteos conductistas previos sobre el proceso de adquisición del lenguaje. Chomsky sostuvo que las personas poseen estructuras cognitivas que les dan una captación intuitiva de la gramática. Esto significa que son capaces de crear un número indefinido de nuevas expresiones gramaticales correctas, generadas a partir de su comprensión intuitiva de las reglas del lenguaje. Pero Potter y Wetherell (1987) cuestionaron el hecho que Chomsky eligiera estudiar el lenguaje solamente a través de ejemplos idealizados de expresiones posibles y no a través de ejemplos reales del lenguaje, utilizados por las personas en la interacción.

Reclaman que, en el estudio tradicional de la psicolingüística, queda oculto mucho del interés potencial del psicólogo. Señalan que, efectivamente, los ejemplos reales del uso del lenguaje cotidiano, con sus vacilaciones, sus incoherencias, el uso repetitivo de palabras y frases comunes y diversas instancias de la gramática no convencional, no parecen confirmar la teoría de Chomsky. Consideran que el lenguaje utilizado en las interacciones

cotidianas comunes es un asunto bastante diferente del lenguaje como un sistema de reglas abstractas.

A partir de otras influencias teóricas y metodológicas que derivan de diferentes fuentes de la filosofía, la sociología y la lingüística, se fortaleció la sospecha que los psicólogos, en su ignorancia acerca de la forma en que el lenguaje se pone en práctica, estaban pasando por alto una rica fuente de información. Potter y Wetherell (1987) se acercaron a la “teoría de los actos del habla” de John Austin (1962), a la subdisciplina sociológica de la etnometodología y a la semiología de Ferdinand de Saussure (1974). La teoría de los actos del habla señala que gran parte de nuestro uso cotidiano del lenguaje no es, en absoluto, descriptivo; no representa un estado de cosas interno ni externo (tal como nuestros pensamientos o el estado del tiempo). Es, en cambio, performativo: realiza actos. Por ejemplo, las palabras “Te apuesto diez monedas a que Juan llega tarde a este encuentro” no son una descripción, sino un acto de apostar y en el debido curso esta expresión tiene consecuencias prácticas para los implicados en la interacción, es decir, el pago de la apuesta. Pero el lenguaje no necesita ser explícitamente performativo, en el sentido expuesto, para tener consecuencias para los hablantes. Son estas consecuencias prácticas, ampliamente conceptualizadas, las que interesan a los psicólogos discursivos. Por ejemplo, la forma en que los hablantes se caracterizan a sí mismos o a su papel en un acontecimiento tendrá implicaciones para otros hablantes quienes podrán desear cuestionar la versión de los acontecimientos ofrecida. La etnometodología, practicada por sociólogos tales como Harold Garfinkel, le proveyó a los psicólogos discursivos un marco para el estudio de tales interacciones discursivas. La etnometodología significa, literalmente, el estudio de los métodos (metodología) utilizados por las personas (etno) para producir y dar sentido a sus vidas sociales. En vez de tratar de abstraer las reglas que subyacen a gran parte de la vida social, los etnometodólogos se interesaron, desde el principio, en cómo la gente las utiliza. Para los etnometodólogos, las personas no son seguidores pasivos de reglas, sino emprendedores sociales altamente competentes, capaces de recrear creativamente las reglas para sus propios propósitos en las interacciones sociales específicas. De manera similar, los psicólogos discursivos se interesan por la manera en que la gente construye una versión de sí misma y de los acontecimientos y por la forma en que estos relatos son artesanalmente contruídos, cuidadosamente, para objetivos específicos.

Por último, la semiología (el estudio del uso de los signos y los símbolos en la comunicación humana) contribuyó al interés en la naturaleza del significado ligado al contexto. El significado de una expresión no reside en las palabras mismas: tenemos que saber algo acerca de quién habla, a quién le habla y por qué y, quizás, algo de la historia (al menos inmediata) de esta interacción particular. El significado de una expresión está dado no solamente por lo que se dice, sino también por lo que *no* se dice, de modo que para comprender una interacción entre personas, debemos contextualizarla y atender tanto a lo que está ausente como a lo que está presente.

Los psicólogos discursivos se ocupan de la práctica cotidiana en el uso del lenguaje, de la manera en que las personas utilizan los recursos lingüísticos disponibles para producir exitosamente versiones de acontecimientos que tienen consecuencias deseadas por ellas. Están interesados en el análisis de ejemplos de intercambios lingüísticos entre personas, o “discursos”, para descubrir las metas que las personas logran con su habla. Esta preocupación por el rol performativo del lenguaje para las personas, acarrea importantes implicaciones teóricas. La psicología consideró implícitamente el lenguaje como un medio expresivo, una forma de indicar y comunicar a otras personas lo que tenemos en nuestro interior, nuestros pensamientos y nuestros sentimientos. Incluso Chomsky y su nuevo y radicalizado abordaje del lenguaje, sostuvo que las expresiones eran una expresión de las reglas gramaticales existentes en las estructuras cognitivas de la persona. Si lo que la gente dice son actos sociales gobernados por los requisitos momento a momento de las interacciones sociales, entonces no pueden ser también simples expresiones de estados internos. Por ejemplo, Stearns (1995) señala que nuestra expresión de enojo depende fuertemente del contexto social: ya sea nuestro compañero o nuestro patrón con quien estamos enojados, ya sea que estemos en un lugar público o privado y cualquiera sea la importancia y la naturaleza de la falta. En algún sentido, hacemos un juicio sobre cuán enojados nos deberíamos mostrar. Las diferencias transculturales en el grado y modo de expresión del enojo sugieren que nuestra expresión lingüística no es simplemente un producto de un estado interno. Por lo tanto, nuestra expresión de enojo es mayormente una norma, culturalmente regulada para administrar y poner en práctica el sistema de derechos y obligaciones de nuestro sistema social – su código moral – que un vertedero de emociones.

Las expresiones de enojo y otras emociones, tales como los celos (cfr. Stenner, 1993) y el amor, son algunos de los recursos que tenemos para justificar nuestras acciones, culpar a otros, hacernos nuestro lugar, etc., son movidas tácticas que tienen consecuencias reales para nosotros. Lo mismo ocurre con las funciones cognitivas, tales como la memoria. La psicología tradicional trató el recuerdo como “una especie de reexperiencia distorsionada, cubierta o alterada por la experiencia subsiguiente y por las maquinaciones de estructuras y procesos cognitivos internos y cuyo informe sirve meramente (y directamente) como una evidencia de aquellos procesos subyacentes” (Edwards y Potter, 1995, pág. 35). Pero, efectivamente, es rara o imposible una versión absoluta de la verdad que pueda tomarse como referente de precisión y mucho del “trabajo de memoria” realizado por las personas, a quienes se les pide que provean un relato preciso de un acontecimiento, se dirige a “una versión de lo que realmente ocurrió, aceptable, acordada o comunicativamente exitosa”(Edwards y Potter, 1995, pág. 34).

Este planteo no niega la experiencia personal de tener estados emocionales o recuerdos, pero no supone que sean la causa subyacente de nuestra expresión lingüística. Harré y Gillett (1994) señalan que caracterizamos como emociones sólo *algunos* de nuestros sentimientos y despliegues corporales. Cuando bostezamos y nos desperezamos (como expresión de “sentirse cansado”), ni nosotros ni los otros consideramos esto como si fuese la expresión de una emoción. Consideran que los sentimientos y las expresiones que caratulamos como “emociones” tienden a ser aquéllas cuyos despliegues expresan un juicio y cumplen con actos sociales:

Por ejemplo, cuando uno siente o despliega envidia, esto es una expresión del juicio acerca de que alguien tiene algo que uno mismo desearía tener. En el caso de la envidia mala, uno se juzga a sí mismo de haber sido degradado o depreciado porque otro posee el bien. Para tomar otro ejemplo, en la medida en que el despliegue de ira, irritación o enojo expresan un juicio sobre la calidad moral de la acción de otra persona, implican, asimismo, una acción de protesta dirigida a la persona ofensora.

Pero no debemos equivocarnos el camino pensando que expresar un juicio significa que hacemos un juicio (cognitivo) que luego expresamos comportamentalmente a través de nuestra conducta emotiva. La expresión *es* el juicio; es la forma que asume. No existe el

supuesto de estructuras cognitivas o emocionales que median entre los sentimientos (internos) o los pensamientos y las expresiones (externas):

... Los fenómenos discursivos, por ejemplo, el recordar, no son manifestaciones de fenómenos psicológicos, subjetivos, ocultos. A veces tienen contrapartidas subjetivas; otras no las tienen. No existe, necesariamente, un mundo de actividad mental en las sombras en el que uno elabora privadamente las cosas, detrás del discurso

(Harré y Gillett, 1994, pág. 27)

Podemos ver que la psicología discursiva es un punto de partida radicalizado en relación a la psicología tradicional norteamericana. Esta última se dedicó al estudio de los estados internos (conocimientos, emociones, actitudes, creencias, motivaciones, etc.) de la persona, creyendo que eran la causa de lo que las personas decían y hacían. Por ejemplo, Edwards y Potter (1995) hicieron un extenso estudio de las transcripciones del testimonio de John Dean en las escuchas de Watergate, posterior al que había realizado Neisser (1981). Cuestionan el punto de vista de Neisser en que dichas transcripciones puedan ser utilizadas para juzgar la precisión de la memoria de Dean. Por el contrario, el relato de Dean en relación a sus propios esfuerzos para recuperar, en el recuerdo, con precisión los acontecimientos, constituye un ejemplo de una estrategia discursiva efectiva que usa dispositivos retóricos apropiados, dirigida a la negociación de una posición creíble para sí mismo:

La presentación que Dean hace de sí mismo como de alguien que tiene una buena memoria, que no desea apropiarse de los méritos que pertenecen a otros, que respeta la autoridad de los demás, que dice la verdad, sirven para realzar su confiabilidad como un testigo de la fiscalía, para sostener su propia versión, en disputa, de las cosas y para mitigar su propia culpabilidad en un interrogatorio cuidadoso.

(Edwards y Potter, 1995, págs. 19-20)

Este estudio de la memoria considera, por lo tanto, la cuestión de la precisión del relato de Dean como poco importante, en algún sentido, o, al menos, imposible de determinar. Lo que interesa a los investigadores aquí es *la forma* en que Dean construyó su relato y lo hizo efectivo. La psicología tradicional, en tanto, tomó seriamente los datos cualitativos basados en el lenguaje (tales como las transcripciones de entrevistas), los consideró como una evidencia y una vía hacia las estructuras y estados internos de la

persona, tales como los recuerdos. La psicología discursiva, por ende, no sólo reformula el rol del lenguaje en la psicología, sino que también considera, de alguna forma, irrelevante el tema habitual estudiado por ella, como los estados estructurales internos (Edwards, 1997). Además, su metodología de elección (el análisis del discurso) estudia, explícitamente, ejemplos reales del uso del lenguaje situado, con el objetivo de identificar las formas de argumentación y los dispositivos retóricos que utilizan los participantes. Por ejemplo, Gill (1993) observó la forma en que los locutores de radio masculinos construían relatos que justificaban la ausencia de presentadoras de radio mujeres y Auburn y colaboradores (1999) estudiaron entrevistas policiales en investigaciones del crimen y mostraron cómo el entrevistador policial construía y utilizaba persuasivamente el descreimiento del relato de un sospechoso.

Pero, ¿qué es lo que hace a la psicología discursiva una forma de psicología social? Para contestar a esta pregunta necesitamos retornar al punto de vista particular de la psicología discursiva sobre el lenguaje. El lenguaje es, por supuesto intrínsecamente, un fenómeno social: es lo que permite a las personas en una cultura o en una sociedad, interactuar y comunicarse. Es como una moneda corriente. Las monedas son sistemas arbitrarios, convencionales. En la medida en que todos acuerden que una libra vale 100 peniques o que un dólar es igual a 100 centavos y en tanto haya acuerdos aproximados sobre el valor de las cosas, entonces las personas podrán negociar unas con otras. La moneda es, por lo tanto, un tipo de recurso para hacer negocios. Para la psicología discursiva, el lenguaje es también un recurso social disponible. En la medida en que compartimos un acervo común de dispositivos lingüísticos, podemos atender nuestro negocio de construir relatos que se acomoden al objetivo entre manos. Por ejemplo, en la medida en que crecemos y nos convertimos en usuarios más sofisticados del lenguaje, nos hacemos adeptos de tales habilidades retóricas como culpar a alguien, disculparnos o justificarnos. Comprendemos el momento para mostrarnos enojados, celosos o heridos y sabemos exactamente cómo construir dichas representaciones. Por ejemplo, sabemos que, en nuestra cultura, se supone que podemos, a veces, agobiarnos con sentimientos muy potentes que nos llevan a hablar o comportarnos de manera impropia, de modo que si deseamos justificar o disculpar nuestro comportamiento, podemos movilizar esta representación de la emoción en nuestro habla (Stearns, 1995). Se denominó a este acervo

común de dispositivos retóricos y de representaciones, “repertorios interpretativos”. “Por repertorios interpretativos queremos significar extensos y discernibles conjuntos de términos, descripciones y figuras de habla a menudo organizada alrededor de metáforas e imágenes vívidas... versiones fácticas y acciones performativas particulares”(Potter y Wetherell, 1995, pág. 89).

Los repertorios interpretativos pueden ser vistos, por lo tanto, como un recurso social compartido, una caja de herramientas de dispositivos e imágenes que un miembro de un grupo social puede utilizar para diseñar relatos, que sirvan a los propósitos del momento. Su uso puede ser efectivo solamente mientras los miembros del grupo social acuerden, implícitamente, usarlos de acuerdo a las reglas del juego. Nuestro relato fracasará si tratamos de utilizar un repertorio particular en una ocasión errónea o en el contexto equivocado. Por ejemplo, a medida que crecemos, aprendemos que las personas, en nuestra cultura, le dan mucha importancia a las nociones de justicia y equidad. Sabemos que una estrategia efectiva para lograr nuestro objetivo es utilizar la representación de lo justo (o injusto) para algunas cosas. Podemos alentar a personas a dar dinero para la caridad si planteamos la injusta distribución de los recursos del mundo que tienen algunas personas. Puede no ser tan exitosa la demanda de un hijo que trata de movilizar el repertorio de “justicia” al exigir que le permitan pasar la noche afuera porque “los padres de todos los chicos los dejan”.

Existen, por lo tanto, algunas similitudes entre la teoría de las representaciones sociales y la psicología discursiva. Ambas consideran a la interacción social como el lugar en el que la gente construye, conjuntamente, los recursos sociales, la moneda corriente que les permite negociar a unos con otros – representaciones sociales o repertorios interpretativos en el caso de la psicología discursiva. Están interesadas más en la manera en que el lenguaje opera en la práctica que como sistema abstracto de reglas y consideran que el uso de esos recursos compartidos son un rasgo definitorio de la vida social. Desde la perspectiva de sus metodologías de investigación, comparten una preferencia por los abordajes cualitativos de los acontecimientos sociales en contextos naturales. Por esta razón, ambas son psicologías *sociales*. Pero toman diferentes puntos de vista en relación al rol y al status de los procesos cognitivos. La psicología discursiva no niega la existencia de procesos que rotularíamos como “pensamiento” o “memoria”, pero no los considera como

instrumentos en la producción o uso de los repertorios interpretativos. La psicología discursiva critica a la teoría de las representaciones sociales porque los localiza en el interior de la mente y luego los piensa subyaciendo y expresándose en la interacción social: “¿Cómo pueden los investigadores construir al lenguaje como un registro de fenómenos secundarios, en este caso estados cognitivos o mentales, dada la naturaleza esencialmente performativa e indicativa del mismo? (Potter y Wetherell, 1987, pág. 145).

Esta parece una crítica razonable de la teoría de las representaciones sociales, la que, en la manera en que es usada, tiende a igualar representaciones sociales con conceptos cognitivos previamente existentes, tales como “actitud” y “creencia”. No obstante, pienso que la crítica no presta atención a un tema difícil e importante que la teoría de las representaciones sociales trata de abordar y que es ampliamente ignorado por la psicología discursiva. Se trata de la relación entre lo social y lo psicológico. Necesitamos teorías que reconceptualicen lo individual en términos sociales, si vamos a trascender la concepción tradicional de la psicología social definida como el estudio de cómo el medio ambiente social afecta al individuo preexistente (punto de vista auspiciado por F. H. Allport y por G. W. Allport). Tanto el interaccionismo simbólico como la teoría de las representaciones sociales tratan de hacer esto. La psicología discursiva transita, en alguna medida, por este camino, al conceptualizar el uso del lenguaje como socialmente derivado y producido (más que como surgiendo de estados psicológicos), pero no abordó la naturaleza de la persona como usuario de repertorios. La psicología discursiva trata de vaciar a la persona de cualquier vida psicológica relevante para la comprensión del uso del lenguaje. El significado del habla personal debe, por lo tanto, ser evitado. Mills (1997) critica el análisis del discurso (tal como es practicado por los psicólogos discursivos) porque falla en dirigirse explícitamente a la perspectiva del hablante, mientras que implícitamente la iguala con la del analista; se supone que el significado de la charla de los que interactúan es transparente para el analista y no se investiga su posible interpretación por otros. Más aún, la psicología discursiva caracteriza, implícitamente, a la persona como motivada a construir narraciones socialmente creíbles y defendibles, pero no se dirige explícitamente al status psicológico de ello. Podemos acordar con la psicología discursiva que conceptos tales como “motivación”, “impulsos”, “actitud” y “creencia” son explicaciones desviadas del contenido y objetivo de nuestro habla, pero que, no obstante, necesita especificar la naturaleza psicológica de esta

persona que utiliza el discurso y la naturaleza de la relación entre la psicología y el contexto social en el que está situado. En este sentido, se hace difícil ver cómo el abordaje discursivo expuesto aquí, pueda ser llamado una *psicología* como tal. La teoría de las representaciones sociales puede ser, evidentemente, demasiado tradicionalmente cognitiva en su solución, pero, del mismo modo que el interaccionismo simbólico, al menos hace el intento de describir cómo y con qué consecuencias, por falta de una frase mejor, lo social se incorpora en nuestro interior.

Construccionismo social y psicología crítica

La psicología discursiva enfatiza el trabajo constructivo que la gente realiza al armar relatos de acontecimientos. Aunque no está explícitamente expuesto en el trabajo discursivo, esto dota a la persona individual de un cierto grado de agencia. También sugiere que el trabajo interactivo y conversacional de las personas puede ser importante para comprender cómo las ideas, las representaciones y los repertorios disponibles para un grupo o para una sociedad, pueden diseminarse, ser adaptados, apropiados y, por fin, cambiados a través del uso del lenguaje. El cuerpo de teoría que, en tiempos recientes, se conoció como construccionismo social (cfr. Burr, 1995; Gergen, 1999), enfatiza, en cambio, el poder constructivo del lenguaje como un sistema de signos más que el trabajo constructivo de la persona individual. En este capítulo, elegí tratar a la psicología discursiva y al construccionismo social como abordajes separados, pero quiero señalar que en otros lugares (Burr, 1995) incluí los abordajes discursivos bajo la rúbrica general del construccionismo social.. Se puede pensar a la psicología discursiva como una forma de construccionismo social, dado que enfatiza la naturaleza construída de las versiones de la verdad y ubica estas construcciones firmemente en el contexto interpersonal y social. No obstante, el término “psicología discursiva” emergió, desde ese tiempo, y es utilizado actualmente de manera creciente, para referirse a la investigación que enfoca el uso de repertorios en la construcción de relatos. Es, por lo tanto, razonable aquí, tratar a la psicología discursiva y al construccionismo social en forma separada.

El construccionismo social comparte con la psicología discursiva algunas de sus raíces históricas y teóricas, en especial por la influencia de la obra de Saussure. Pero toma

su marco filosófico principalmente del trabajo de los filósofos franceses contemporáneos, tales como el abordaje “deconstruccionista” de Michel Foucault y Jacques Derrida, con sus ideas acerca de la relación entre nuestras categorías conceptuales y el mundo “real”.

Foucault fue, originariamente, un historiador interesado en algunos de los cambios sociales producidos en los últimos doscientos o trescientos años. Se interesó, especialmente, en los cambios en las percepciones de la sexualidad y de la enfermedad mental y en las prácticas sociales relacionadas con ellas (Foucault, 1965, 1976). Sus puntos de vista fueron no ortodoxos. Desafiaron la perspectiva del sentido común que consideraba que la sociedad había progresado hacia un abordaje más humano, liberal y permisivo de esas cuestiones. Considerando lo que podemos pensar de los malos días del pasado, el sexo era un tema tabú y los insanos eran tratados como criminales y encerrados en asilos espantosos. Hoy en día hablamos sin inhibiciones sobre el sexo y los enfermos mentales son tratados psicoterapéuticamente. No obstante, Foucault argumentaba que estos adelantos no transcurrían, de ninguna manera, sin complicaciones. Gran parte de nuestra conversación sobre el sexo y la sexualidad enfoca criterios sobre lo que es moralmente correcto, normal, perverso o no natural y a aquéllos considerados como sexualmente desviados o rotulados como mentalmente enfermos se les despoja de muchos de los derechos comunes y de los privilegios de los sanos y sexualmente “normales”. Foucault sostenía que la forma en que las personas hablaban y pensaban sobre la sexualidad y la enfermedad mental, entre otras cosas – en otras palabras, la forma en que estas cosas se representaban extendidamente en la sociedad – se acompañaba de implicaciones para la forma en que tratamos a la gente. En particular, nuestras representaciones acarrear formas particulares de relaciones de poder. Por ejemplo, pensamos, como sociedad, acerca de personas que se comportan de una manera bizarra y escuchan voces, como de mentalmente enfermos y los ponemos en manos de psiquiatras y de otros trabajadores de la salud mental, quienes tienen, de esta manera, poder sobre muchos aspectos de sus vidas. Nuestras representaciones sobre la sexualidad, ya sea normal o perversa, significa que las preferencias sexuales de algunas personas las convierten en enfermos (y así se unen a las filas de los enfermos mentales) o criminales. Los insanos no tienen poder político en la medida en que no pueden votar y (en el Reino Unido de Gran Bretaña) los homosexuales

no se pueden casar o acceder con consentimiento o anuencia, a la misma edad que los heterosexuales.

Foucault se refirió a tales representaciones como “discursos”, ya que se constituyen y operan a través del lenguaje y otros sistemas simbólicos. Los discursos con los que experimentamos nuestro mundo subjetivo están constituídos por nuestras formas de hablar sobre el mundo y de representarlo a través de todo tipo de textos escritos, a través de pinturas e imágenes. El mundo, tal como lo conocemos y comprendemos es, por lo tanto, un mundo construido y modelado por los discursos que circulan en una sociedad en un tiempo dado en la historia. La gente que escucha voces, ¿está *realmente* poseída por los demonios, visitada por los ángeles, conversando con los ancestros o mentalmente enferma? Desde la perspectiva del construccionismo social, la pregunta carece de significado. Cualquiera sea la respuesta a la pregunta, siempre es inevitablemente un reflejo de los discursos predominantes, de las versiones actuales sobre lo que se considera conocimiento. Lo mejor que podemos hacer es decir que las personas se construyen como enfermos mentales o sanos, sexualmente normales o perversos. Lo mismo ocurre para cualquier otro aspecto de nuestra identidad, tal como nuestro género (nuestra masculinidad o femineidad) o nuestra edad (ya sea que seamos viejos, de mediana edad o jóvenes). Podemos examinar la forma en que los discursos construyen nuestra experiencia al *deconstruir* los textos en los que aparecen, separándolos y mostrando cómo operan para presentarnos una particular visión del mundo.

Jacques Derrida señaló, agudamente, que el lenguaje nos otorga una manera de tallar el mundo en categorías, como sano/insano y viejo/joven, pero que las categorías mismas se desvían y cambian a través de la historia y aparecen nuevas categorías, a medida que van cambiando las circunstancias sociales (para una introducción accesible a las ideas de Derrida se puede consultar Collins y Mayblin, 2000). Por ejemplo, la categoría “adolescente” es muy reciente y apareció cuando cambió el status y el rol de la gente joven en la sociedad. Los construccionistas sociales sostienen, por lo tanto, que no podemos confiar en que las categorías corporizadas, en nuestro lenguaje, tengan alguna relación con el mundo real y que, efectivamente, no tiene sentido tratar de hacer una distinción entre la naturaleza del mundo tal como es y nuestras construcciones del mismo, ya que nunca podemos prescindir de nuestro sistema lingüístico y ver el mundo en algún hipotético

estado puro. El construccionista social está, por ende, profundamente receloso de la demanda positivista de poder descubrir la verdadera naturaleza del mundo social a través de la indagación científica; dirían que todo lo que podemos producir son nuestras construcciones socialmente producidas del mismo.

Algunos construccionistas sociales quieren mantener, en sus relatos, alguna versión de una realidad subyacente, en tanto se aproximan a las teorías e investigaciones de la psicología tradicional y de la psicología social con el escepticismo crítico del construccionismo social. Se conoce este abordaje como realismo crítico (cfr. Parker, 1997, 1998). Los realistas críticos se interesan por la imposibilidad de los construccionistas sociales de desafiar, teóricamente, algunas construcciones del mundo (por ejemplo, que algunas razas sean menos inteligentes que otras) y apoyan otras construcciones (quizás que las diferencias en el logro sean el resultado de desigualdades reales de poder enclavadas en la estructura de la sociedad). El construccionismo social parece conducir a una posición por la cual no podemos decir que existan desigualdades reales entre las personas. Tan sólo se trata de una manera posible de mirar el mundo. Existe también el peligro que seamos incapaces de hacer elecciones morales, ya que parecería ser que no hay manera de preferir una perspectiva a cualquier otra. De este modo, los realistas críticos prefieren mantener alguna idea de una base de condiciones materiales y sociales, tales como la pobreza o las desigualdades en la educación y en las oportunidades laborales y las relaciones de poder que las acompañan, a fin de propugnar la acción política. No obstante, Parker teme también que el realismo crítico termine distorsionado y usado en contra de sus propias intenciones: "... el "realismo" de diferentes variedades es movilizado ya por los simpatizantes de la psicología oficial para garantizarlo como una ciencia y para refutar críticas del construccionismo social..." (Parker, 1998). Desde el otro extremo de la controversia, Gergen (1999) celebra la multiplicidad de voces que abundan en el mundo. El sostiene que el construccionismo social, lejos de descuidar la cuestión de los valores y la ética, alerta sobre no despejar las perspectivas opositoras y en contra de la existencia predominante de un punto de vista acerca de lo que es bueno y correcto y debería servir a todos. Mientras tanto Burkitt (1996) cuestiona que el escepticismo radical del construccionismo social asegura que cualquier construcción de personas o acontecimientos será sometida a crítica y se expondrán sus peligros.

Las implicaciones del construccionismo social para la persona son bastante profundas. Una perspectiva construccionista social extrema vería a la persona como poco más que un producto inconsciente de estructuras y procesos lingüísticos masivos pero mayormente invisibles - discursos. Nos gustaría pensarnos como individuos únicos a cargo de nuestros propios pensamientos, opiniones y creencias, pero estos conceptos (individuos, pensamiento, creencia, etc.) son en sí mismos construcciones socialmente compartidas, categorías construidas con nuestro lenguaje. Por lo tanto, nuestra misma subjetividad, nuestra comprensión de quién somos y nuestra experiencia de nosotros mismos y de los otros, es un artefacto socialmente construido. Se problematiza el concepto del “self – sí mismo” y se lo explica como una ilusión producida por nuestra inmersión en los discursos del individuo y de la personalidad. Creo que esta posición construccionista extrema es innecesariamente determinista y, por fin, es tan inútil para las personas como otras perspectivas deterministas. El determinismo biológico nos paraliza porque sugiere que no podemos cambiar nuestra naturaleza y que debemos, simplemente, aprender a convivir con ella y el determinismo ambiental nos retrata como víctimas indefensas de nuestras experiencias formativas pasadas. No obstante, las versiones extremas del construccionismo social son tan inútiles porque no proveen ninguna esperanza de que la persona pueda escapar al poder constructivo del lenguaje.

Pero algunos escritores trataron de mantener una posición construccionista social amplia, mientras sostenían que la persona tiene algún espacio para maniobrar, alguna posibilidad para reflexionar sobre y desafiar las construcciones en las que se encuentran atrapadas. Por ejemplo, Carla Willig propone que “creamos un espacio para desarrollar alternativas en lo que se ha dado en llamar el sentido común psicológico, al revelar la naturaleza construída de los fenómenos psicológicos” (Willig, 1999, pág. 2). Parker et al. (1995) no sólo examinan y critican los discursos que construyen corrientemente a las personas como enfermos mentales, sino que también ofrecen construcciones alternativas *en tandem* con prácticas en salud mental potencialmente más empoderadoras – empowering – y facilitadoras. Algunos escritores (por ejemplo, Hollway, 1984 y Parker, 1992) argumentan que lo implícito en los discursos es un número de “posiciones de sujeto” que las personas están invitadas a ocupar silenciosamente y que les traen consecuencias para la forma en que se sienten capaces de hablar y comportarse (las *posiciones de sujeto* pueden

ser pensadas en alguna forma similar al concepto de rol en las perspectivas dramáticas). Davies y Harré (1990) argumentan que estas posiciones subjetivas pueden pensarse como operando también en un nivel más interpersonal, de modo que, en el curso de la interacción social podamos quedar implícitamente posicionados como una clase particular de personas, también podamos resistir las identidades en las que somos arojados por nuestro hábil uso del lenguaje.

El construccionismo social, por lo tanto, representa un cuestionamiento radical de los supuestos y de los conocimientos acumulados de la psicología y de la psicología social. Desde esta perspectiva, lejos de descubrir las verdades de la naturaleza humana, la psicología y la psicología social estuvieron participando activamente en la construcción social del individuo moderno contemporáneo a través de una producción masiva y la diseminación de los discursos, formas de representar y de hablar sobre la naturaleza humana. La psicología tomó el rol de liderar el modelamiento de la subjetividad humana, tal como la experimentamos hoy en día, a través de la publicación de libros y revistas científicas, de la enseñanza a estudiantes de grado y posgrado, de la proliferación de espacios de entrenamiento para psicoterapia y counselling y de la popularización de temas psicológicos a través de los medios de comunicación. En gran medida, debemos agradecer o culpar a la psicología, que nos pensemos y experimentemos como bien o pobremente motivados, como impulsados por deseos que no comprendemos, como sosteniendo actitudes liberales o conservadoras, como personalidades introvertidas o extrovertidas, como muy inteligentes o con una inteligencia promedio, como neuróticos o estables y así ad infinitum. La psicología estuvo, no sólo, activa al producir el propio objeto de su estudio, sino que también acarreó algunos medios muy efectivos de censura, guía y control de personas. Los juicios que psiquiatras y psicólogos hacen sobre nuestra salud mental, nuestra sexualidad, nuestra adaptación social, nuestras tendencias criminales o alcohólicas, nuestra inteligencia, nuestro potencial para liderar y toda una multitud de otras cualidades y disposiciones, tienen consecuencias reales y a veces de largo alcance sobre cómo nos permiten vivir nuestras vidas. Foucault (1976) argumenta que nos convertimos en una sociedad tan preocupada por medirse en relación a todo tipo de normas psicológicas, tan preocupados por ser normales que nos convertimos, efectivamente, en nuestros propios

disciplinarios. Los poderosos no necesitan usar más amenaza o coerción para mantenernos en línea: nos pusimos voluntariamente una camisa de fuerza con la ayuda de la psicología.

Esta línea de pensamiento contribuyó al desarrollo de una crítica de la psicología y de la psicología social, de modo que existe actualmente un cuerpo de literatura conocida como psicología crítica y psicología social crítica (por ejemplo, Stainton-Rogers *et al.*, 1995; Fox y Prilleltensky, 1997; Ibañez e Iñíguez, 1997) que puede ser pensada, de alguna manera como la manifestación actual de la crisis en la psicología social. Aquéllos que escriben desde esta perspectiva crítica buscaron demostrar cómo la teoría y la práctica psicológicas funcionaron para marginar a algunos grupos, para tergiversar o distorsionar la experiencia de otros y para silenciar o desautorizar las voces de las personas que son sujetos de investigaciones psicológicas. Buscan mostrar cómo la psicología como ciencia nunca estuvo y nunca podrá estar libre de valores y que la práctica psicológica es, inevitablemente, un asunto político. La investigación que se realiza desde este marco conceptual tiene objetivos bastante diferentes y a menudo presenta una forma distinta de la investigación psicológica tradicional. La investigación crítica y construccionista social no puede ocuparse del proyecto positivista de descubrir verdades sobre la naturaleza humana, ya que el construccionismo social niega la posibilidad de una descripción última de las personas. En cambio, se ocupa de analizar los discursos que nos construyen como seres humanos y de poner al descubierto las condiciones históricas y sociales que los sostienen. Se ocupa de permitir que las voces de los investigados se escuchen y se contextualicen apropiadamente y adopta, por lo tanto, comúnmente, métodos cualitativos, tales como entrevistas en profundidad en contextos naturales y promueve una reflexión activa del investigador sobre su propio rol en el proceso de investigación, conocido como “reflexividad”.

Los investigadores construccionistas sociales, así como los psicólogos discursivos, pueden usar transcripciones escritas del habla como su material de análisis. Pero también pueden buscar signos de los discursos operantes en una variedad de fuentes diferentes. Así como existen muchos artefactos físicos que acarrean significado simbólico, podemos leerlos buscando la evidencia de discursos, “interrogarlos” y revelar lo que nos dicen acerca de quién nos consideramos ser. Así como analizaron textos escritos (que pueden o no ser

transcripciones del habla), los investigadores buscaron materiales tan diversos como películas y televisión, jardines y ciudades (cfr. Parker y la Red Discursiva de Bolton, 1999).

Resumen

Las tres perspectivas teóricas ¹ expuestas en este capítulo tienen, en algún grado, elementos comunes. Son todas psicologías *sociales* porque cada una propone alguna versión de un conjunto de recursos socialmente producidos y compartidos para dar sentido al mundo y, tal como el interaccionismo simbólico, cada una enfatiza la importancia del lenguaje para producir, mantener y cambiar estos significados. Su estrategia de investigación concomitante implica una posición antipositivista: la investigación no trata de descubrir una realidad objetiva, sino que aborda cómo las representaciones o las versiones del mundo se construyen y utilizan y esta investigación transcurre preferentemente en contextos naturales.

Las perspectivas difieren en lo que se refiere a su foco, si está situado primariamente en el nivel micro del individuo y la interacción interpersonal o en el nivel más macro de la estructura social. Mientras que las representaciones sociales y la psicología discursiva se ocupan del uso individual del lenguaje, el construccionismo social enfoca los discursos como estructuras de gran escala que se manifiestan en la fabricación de nuestros textos y de otros artefactos simbólicos. Esto no hace que los diferentes abordajes sean incompatibles, aunque hubo algún debate entre psicólogos discursivos y construccionistas sociales en relación a cuánto cada uno se acomoda a las consideraciones del otro. Existe una diferencia más radical en relación al status psicológico o social de las representaciones, los repertorios interpretativos y los discursos. Mientras que, tanto la teoría de la representaciones sociales como el construccionismo social aluden a la idea que la gente experimenta sus mundos en términos de categorías de acontecimientos, para los psicólogos discursivos y los construccionistas sociales, el fuerte aire cognitivo de la teoría de las representaciones sociales resulta inaceptable. Parecería ubicar estas representaciones dentro de la cabeza de la gente y, por lo tanto, amenaza retrotraerse al individualismo del que tratan de escapar. No obstante, como señalé antes, la teoría de las representaciones sociales

¹ *Nota de la traductora:* la tercera perspectiva a la que se refiere la autora es la Teoría de las Representaciones Sociales, no incluida en esta edición.

al menos intenta teorizar la relación entre lo psicológico y lo social, que resulta un problema que los psicólogos discursivos y los construccionistas sociales eludieron mayormente (Burr y Butt, 1999).

Una tercera diferencia alude al grado de agencia personal permitida por cada una de estas perspectivas. La teoría de las representaciones sociales es poco clara acerca del rol activo que las personas individuales juegan en la transmisión y cambio de las representaciones sociales. Nos permite la capacidad de influir cómo las personas y los acontecimientos son vistos por otros, a través de las formas en que elegimos usar las representaciones sociales. Los psicólogos discursivos, aunque no se cuestionan la naturaleza psicológica del usuario del discurso, anticipan las maniobras retóricas que las personas practican en sus esfuerzos por llevar a cabo relatos creíbles de sí mismos. Los construccionistas sociales se diferencian en cuanto hasta qué punto permiten a las personas un grado de agencia. Los construccionistas sociales extremos ven a la persona como un resultado, un producto final del trabajo discursivo. Desde esta perspectiva, es muy difícil ver cómo la gente puede contribuir intencionalmente a cambiar o incluso arreglárselas para reflexionar sobre su propia posición, dentro de los discursos. Otros construccionistas sociales prefieren ver a las personas como, simultáneamente, construidas por y construyendo los discursos, y las dotan de la habilidad de reflexionar y aceptar o resistir posiciones subjetivas en el discurso, aunque rara vez se hicieron explícitos los procesos psicológicos que lo hacen posible.

Otras lecturas sugeridas

Burr, V. (1995) *An introduction to social constructionism*. London, Routledge.

Farr, R. M. y Moscovici, S. (eds.) (1984) *Social representations*. Cambridge, Cambridge University Press.

Mills, S. (1997) *Discourse*. London, Routledge.